

ALBERT SALES I CAMPOS

EL DELITO
DE SER POBRE

Una gestión neoliberal
de la marginalidad

Icaria ✪ **ASACO**

A Justino y Angustias, Otilia y Mariano

Índice

Prólogo	9
I Introducción	12
II Pobreza, exclusión social y <i>underclass</i>	16
III Crisis, pobreza y austeridad	24
IV Pobres nuevos pobres	32
V Construyendo el futuro: la pobreza infantil y la reproducción de la marginalidad	37
VI La gestión neoliberal de la pobreza y la marginalidad	41
VII Filantropía neoliberal y privatización de la ayuda	46
VIII La infantilización de «los pobres»: ¿clases de nutrición o políticas sociales?	49

IX El <i>workfare</i> en tiempos de crisis	55
X La inflación carcelaria en el Estado español	62
XI El acoso penal y policial a las personas en situación de exclusión	70
Conclusiones	73
Bibliografía.	77

Prólogo*

Barcelona. Una tarde de julio de 2013.

Pasamos las barreras de salida y subimos el pasillo hacia las escaleras para salir del metro. Junto a las máquinas expendedoras de billetes hay un hombre de entre 50 y 60 años, con los cabellos largos, grises y no muy limpios. Lleva una mochila grande y una bicicleta antigua y destartalada, de aquellas para preadolescentes, con el manillar y el asiento muy levantados para poder ser utilizada por un tipo de metro ochenta. Está parado sintonizando un transistor a pilas a un volumen algo molesto.

Salimos en la Ronda Sant Pere y nos detenemos a esperar a la persona con quien habíamos quedado de espaldas a la salida del metro. Unos segundos después sale un señor alarmado gritando «¡será posible, me quería robar, el desgraciado! ¡Y la gente, mirando! Así nos va...». El hombre, de unos 60 años, lleva pantalones claros y una camisa azul. En la mano izquierda, una bolsa de plástico

* Agradezco a Cristina Sobrino, Ester Blay, Rolando d'Alessandro y Elena Larrauri sus comentarios y sus aportaciones al borrador de este texto.

con una botella rota que chorrea cerveza. En la derecha lleva una bolsa de mano de cuero negro con el asa rota. Tiene un rasguño en el codo y cuatro o cinco personas se detienen para ver qué le ha pasado. Él les explica con vehemencia que el vagabundo del pasillo del metro le ha querido robar el bolso y que se ha defendido. Una mujer grita: «¡está allí!».

Con la «víctima» atendida, me asomo a la boca del metro y veo al hombre de la bicicleta apoyado en una pared con la cabeza sangrando. Aparece un guardia de seguridad de una tienda de los alrededores que ha oído el alboroto y retiene al presunto ladrón mientras avisa a los Mossos. En menos de cinco minutos llegan dos coches patrulla y en menos de diez una ambulancia. Los agentes no analizan mucho la situación. Mientras una agente habla con el señor de la camisa azul y lo lleva a la ambulancia para que le curen las rozaduras del codo, tres agentes ponen al señor de la bicicleta contra la pared. Llega un coche más y dos nuevos agentes se añaden al registro el que se somete al temible agresor. Todo ante la atenta mirada de un grupo cada vez más numeroso de personas curiosas que observan cómo la policía cumple eficazmente con su función de salvaguarda de nuestra seguridad y de nuestra propiedad privada.

Una mujer, que parece tener más de dos dedos de frente, comenta en voz alta dirigiéndose a la ambulancia donde la policía habla con el señor de la camisa azul «¿Pero pa' qué va a pegarle un tirón ese tío? ¿ Pa' salir corriendo por las escaleras con la bicicleta y todos esos

bultos?». Un chico que lleva allí tanto tiempo como nosotros comenta: «Eso he pensado yo. ¿No se le habrá enredado el asa del bolso con la bici?». Los comentarios se quedan flotando en el aire pero nadie parece haberlos oído. La señora insiste y dice: «Pero, ¿han visto lo que le ha hecho al tío de la bici? ¿Si le ha abierto la cabeza!». Una vez más, sus palabras son ignoradas.

Poco amigo de las indirectas, me dirijo a los agentes que ahora tienen al señor de la bici sentado en las escaleras y les comento con el tono más natural y conciliador que mi creciente cabreo me permite: «¿Han pensado que este hombre no tiene ninguna ruta de fuga? No digo que el hombre de la camisa azul mienta, pero cabe la posibilidad de que se le haya enredado el asa de la bolsa con el manillar de la bici y se haya pensado que le estaban pegando un tirón, ¿no?». La respuesta del sargento al cargo de «la operación» es: «¿usted ha visto lo que ha pasado?». Cuando le contesto que no, que estábamos en la parte de arriba de las escaleras y de espaldas, se gira, sigue con su tarea de *sheriff* y da por terminada la breve conversación.

Ante las miradas hostiles de los miembros del cordón policial, que ya cuenta con ocho personas uniformadas, decidimos salir de en medio con el mal cuerpo de ver cómo los agentes atribuyen roles por las apariencias sin cuestionarse en absoluto su percepción de la situación.

I

Introducción

Un nuevo modelo de gestión de la marginalidad se está construyendo y justificando gracias a la recesión económica que padecemos. La pobreza se extiende y afecta intensamente a sectores de la población que en décadas anteriores se sabían a salvo de las penurias económicas, mientras las capas socialmente más vulnerables de la sociedad ven cómo se deterioran sus condiciones de vida y las redes institucionales que hasta hace poco les daban un mínimo apoyo. En el momento en que más necesarios son los mecanismos de protección social, los programas de atención a poblaciones vulnerables se reducen drásticamente y el sector público renuncia a lo que quedaba de su rol benefactor después de 30 años de avance de las políticas neoliberales.

Los cambios en el rol del Estado frente la pobreza y la marginalidad no son solo económicos. A la política del «no hay alternativas posibles a los recortes» se añaden planteamientos ideológicos que impregnan el discurso neoliberal. Se presenta la «nueva pobreza» como el amplio sector de la sociedad afectada por las devastadoras

consecuencias de la crisis, y se confrontan sus intereses con los de la pobreza «de siempre», contribuyendo a segregar a las personas en situación de pobreza y a distinguir entre aquellas dispuestas a «trabajar» y las que ya antes de la crisis «vivían de los subsidios públicos» y de actividades moralmente inaceptables. Los primeros, merecedores de la asistencia pública, se presentan como los damnificados de una catástrofe humanitaria que, terminada la recesión, podrán incorporarse al mercado laboral y beneficiarse de un nuevo ciclo de expansión económica. Los segundos son considerados casos perdidos. Rémoras en una sociedad de emprendedores que buscan nuevas maneras de salir adelante. En un entorno de escasez de medios económicos, se cuestiona abiertamente que estas personas y colectivos deban recibir asistencia pública, acabando así con toda referencia a los derechos sociales.

La falsa dicotomía entre los «buenos pobres» y los «malos pobres» carga a los últimos con todos los prejuicios del *underclass* y crea una categoría de personas «excluidas» a las que se atribuye un amplio repertorio características individuales: poca fuerza de voluntad, vagancia, vicios, incapacidad para gestionar el dinero, hábitos sexuales no aceptados, impulsividad, predisposición a la delincuencia, alcoholismo, drogodependencias... La sutil pero progresiva transformación de los problemas sociales en asuntos individuales justifica la transferencia de responsabilidades del ámbito de los servicios sociales al de la política criminal.

El discurso de la tolerancia cero con la población tradicionalmente beneficiaria de los servicios de asistencia social encuentra un terreno abonado por la recesión económica para florecer con fuerza y para justificar un nuevo sistema de gestión de la marginalidad. Las personas que deambulan por las calles, visibles e incómodas, son el blanco de los medios de comunicación y de los debates públicos. Se magnifican las inseguridades sociales causadas por las personas sin techo, los adolescentes sin trabajo ni estudios, las minorías étnicas y por infinidad de colectivos más, olvidando las inseguridades causadas por la mercantilización de las vidas laborales y personales de la ciudadanía. Las inseguridades personales nacidas del miedo a lo desconocido siempre son más fáciles de manipular por los decisores políticos. Basta con llenar las calles de policía uniformada para rebajar los miedos del vecindario, aunque no se produzcan cambios significativos en la victimización. En cambio, los miedos vitales derivados de las carreras laborales fragmentadas e inseguras y de la individualización y mercantilización de la vida cotidiana se quedan fuera del debate. Son el núcleo de un sistema de relaciones sociales que no puede ser cuestionado por las fuerzas políticas «serias» y «moderadas».

La nueva gestión de la pobreza y de la marginalidad no tiene ninguna consideración por conceptos como la cohesión social. No hay voluntad política de rebajar las tensiones sociales en vistas a beneficios en el medio y largo plazo. Al igual que la actividad empresarial, la gestión

neoliberal de la pobreza búsqueda réditos inmediatos en forma de votos, poder o dinero, sin considerar las consecuencias de las fracturas sociales que la marginación y la represión terminan causando. La criminalización de las situaciones de pobreza y de exclusión social y la imposición de la discusión de la eficiencia en la atención social y en la inserción laboral justifican la transición del «wellfare» al «workfare». En lugar de garantizar derechos, se establece como meta la entrada de las personas excluidas a un mercado laboral que, en el mejor de los casos, les ofrece una sucesión de empleos mal pagados e inestables. A quien no asuma su destino se le reserva el constante enfrentamiento con las instituciones represivas y con el sistema penal.